



***Fundamentos de la filosofía del lenguaje***  
**Autores: A. Ponzio, P. Calefato, S. Petrilli**  
***Fondamenti di filosofia del linguaggio. Bari, Laterza, 1994***

**Capítulo: Lenguaje e identidad**

**Traducción al español: *Lic. Campero María Belén***

CONICET-CIF-UNR  
Escuela de Filosofía  
Facultad de Humanidades y Artes  
Rosario – Santa Fe  
Argentina

**I.- Identidad y narraciones**

Una de las funciones del lenguaje verbal es la identificación, identificación de los objetos a través de un proceso de modelación y de articulación de la realidad que varía de lengua en lengua, identificación del sujeto en cuanto hablante, del sujeto del discurso, del tema, del otro al cual el discurso es dirigido, de una especie de “auditorio universal” al cual generalmente apelamos en la argumentación: identificación de una comunidad y de la pertenencia o extrañeza a ella, etc.

Cada identificación presupone un discurso narrativo que define el recorrido interpretativo en cual esto que viene identificado viene a colocarse. La narración es el sucederse implícito y explícito de los significantes que localizan un determinado significado y que por lo tanto, están en una misma localización interpretativa. Relacionar todos los significantes con los que un

cierto significado resulta identificado implica necesariamente hacer una narración. El carácter dialógico de la relación entre los significantes, por cuanto pueda ser reducido de su colocación sobre una única relación interpretativa y por cuanto es introducido en la orientación unilineal de la narración, que desde un principio se desarrolla hacia la conclusión, hace que más allá de lo monológico que sea el recorrido narrativo y dominante que sea la categoría de la identidad, la narración, sin embargo, contiene en su propia base un margen más o menos consistente de alteridad (sobre relación entre diálogo y relación, v. otros, 6,7).

El recorrido interpretativo que determina una identidad se constituye en la relación con otros recorridos del cual esto se quiere diversificar y distanciar, o que tiene presentes como pauta, o que continúa, etc. La identidad se construye necesariamente sobre la base de la alteridad, una alteridad incluso interna a ella en cuanto corresponde a una relación que nunca es de completa identificación entre significado y significante. Esto vale para la identidad individual, como para la identidad comunitaria, colectiva, por extensa o cerrada que sea, vale para la identidad de una lengua, de una cultura, etc.

Tenemos “nuestra” palabra, como dice Bachtin, de la boca de los otros. La narración con la cual cada uno de nosotros se identifica está hecha de palabras medio-ajenas<sup>1</sup>, ya llenas de las intenciones ajenas antes de ser usadas por nosotros (admite que somos capaces) como materiales e instrumentos de nuestras intenciones. Todos nuestros discursos y sobre todo nuestros discursos interiores, vale decir, nuestros pensamientos son inevitablemente dialógicos: el diálogo no es una propuesta, una consecuencia, una invitación hecha por mi ego, sino una necesidad, una imposición en un mundo que encontramos ya perteneciente a otros. El diálogo no es un compromiso entre un yo ya existente como tal y el otro. Por el contrario, el diálogo es aquel compromiso que da lugar al yo: el yo es este compromiso. El yo es un compromiso dialógico, dialógico en un sentido sustancial y no formal; y el discurso narrativo con el cual construye la propia identidad es estructurado como un diálogo. Si incluimos el discurso del yo, el discurso del yo-pienso en

los géneros discursivos, podremos decir que este género pertenece a aquél tipo de géneros que Bachtin llama “secundarios” (mientras la palabra del otro pertenece a los géneros “primarios”: v. otras, 7, 5) Llegamos a nuestro “propio” discurso a través de un itinerario que va de la repetición, imitación y estilización del discurso ajeno a la toma de posición crítica, pasando necesariamente a través de actitudes de distanciamiento irónico-paródico. El género discurso-del-yo, es decir, el discurso yo-pienso es un género paródico, serio-cómico. A pesar de todos sus esfuerzos, el yo no consigue contener la palabra ajena, la acentuación ajena, los pensamientos ajenos dentro de los límites de su propia identidad: todo esto que connota la alteridad sobresale de la identidad del yo como de un saco agujereado. El discurso narrativo que identifica al yo es siempre más o menos serio-cómico. El discurso “travestido” por el yo es doblemente caricatural: aquello debe caricaturizarse al otro de tal modo que pueda diversificarse de él, pero no saliendo lentamente de esa empresa sino presentando al mismo tiempo la caricatura de sí mismo y sus expectativas, es por eso que la identidad es siempre un poco grotesca.

Esto puede decirse también de la identidad de un grupo social, así como de la identidad de una entera tradición cultural, que constituye la propia narración como diferenciación de esto que es “otro por sí”.

En cuanto a la identidad lingüística adquirida en los procesos de formación y transformación de una sola lengua, es evidente todo lo que sea determinante en la relación con otra lengua. El espacio en el cual una lengua vive es un espacio interlingüístico y es la capacidad de la expresión y de la adaptación que aquella lengua necesita comunicar y proporcionar directamente a la continuidad de muchas otras lenguas. La misma autoconciencia de una lengua, su capacidad metalingüística, es decir, su capacidad a todos los niveles, de hablar de sí –de la interrogación cotidiana acerca del significado de una expresión (esto que Gramsci llamaba “gramática inmanente”) a la reflexión del lingüista ocupado en la elaboración de la gramática de una lengua y a la objetivación del lenguaje así como es practicada por los escritores en literatura– es potenciada además, más allá del plurilingüismo interno de la

lengua, por la posibilidad de referirse a otras lenguas que ofrezcan quienes puedan interpretar sus palabras, sus expresiones y sus formas sintácticas. Una lengua, como dice Bachtin, puede verse solamente a través de los ojos de otra lengua. Luego, incluso, la identidad lingüística, ya sea por el modo de ser de la lengua, o por la conciencia lingüística, es secundaria respecto a la relación de alteridad del plurilingüismo externo e interno a una “misma lengua” o mejor dicho, de un determinado “patrimonio lingüístico”. (De Mauro 1985)

La identidad cultural requiere también la alteridad, como dialogicidad intercultural. En su interior la identidad no es nunca una cosa homogénea, presenta toda una serie de relaciones sobre el plano sincrónico y el diacrónico con otras culturas que la hacen viva para su diversificación y diferenciación a pesar de que ella se obstina en realizarse a través de la identificación con algunos de sus aspectos solamente, con algunas formas culturales determinantes que se elevan a oficiales y dominantes. El cuerpo grotesco, estudiado por Bachtin en *Rabelais* (1965) en sus manifestaciones carnales, es una válida metáfora utilizable a los fines de la comprensión de la dinámica del contraste entre visiones del mundo, entre narraciones diferentes al interior de la misma cultura: Bachtin considera, por una parte, el cuerpo concebido como individualizado y cerrado, un cuerpo que es autosuficiente y exento de cualquier tipo de relaciones con otros cuerpos y por otro lado, el cuerpo situado en la relación incorpórea, un cuerpo abierto hecho de protuberancias e intersticios que se ven en todos los compartimentos que inevitablemente se conectan al exterior. La primera narración funcional al reforzamiento de la identidad, por cuanto sea determinante en nuestra forma social, no consigue, sin embargo cancelar la otra que habla de la necesaria apertura hacia la alteridad.

## II.- Indicadores

Definimos con el término “indicadores” aquellos signos que articulan, haciendo posible y actual a la relación entre la enunciación y sus

interpretantes, ya sean los intérpretes de identificación de la frase o bien los interpretantes de comprensión que responden al enunciado del discurso. (v. arriba, 3)

Los indicadores se explican con aquella actividad propia del hablar común que: 1) anclan la lengua a un sujeto parlante; 2) instauran forma, por decir así, “determinada a priori” del discurso, ya sea en el tiempo o en el espacio; 3) retoman las exigencias externas a la enunciación, y también de carácter no verbales, que viven en ella como obvio<sup>2</sup>. En el primer grupo son comprendidas las categorías verbales como las de los pronombres y de los géneros gramaticales; en el segundo grupo entran elementos como los tiempos de verbo, los adverbios y deícticos; en el tercer grupo entran los “enunciados al interior de otros enunciados” (Jakobson 1963, trad. it. 1981:149), como las citas, las remiendas intertextuales e interdiscursivas, las “firmas” y las “máscaras” de autor (v. Calefato 1989) los matices irónicos del discurso. Todos los indicadores muestran lo que Volosinov llama la “situación” de la enunciación, esto es, el espacio y tiempo en el que la situación se introduce, el objeto o el tema del cual se habla, la actitud y la valoración de los hablantes en relación a lo que sucede (Volosinov 1926-30, trad. it. 1980:113). Incluso, el lenguaje no verbal contiene indicadores.

Siendo la enunciación una actividad social e interpersonal (cfr. Volsinov 1926-30, trad. it. 1980), los indicadores reenvían fundamentalmente al interpretante de comprensión que da respuesta. Lo que no excluye que ellos manden siempre también al interpretante de identificación semántica y sintáctica. Podemos, en efecto, considerar como indicadores de orden principalmente sintáctico aquellos a los que Jakobson llama “shiferts”, los cuales en la formulación del lingüista ruso articulan la relación entre código (c) y mensaje(m) según modelos de circularidad (C/C, M/M) o de cruzamiento (M/C, C/M) (Jakobson 1963, trad. it. 1981:149-153). Pueden entre sí ser comprendidos bajo el término de indicadores las categorías verbales de los llamados *designadores* y *conectores*, a los cuales el mismo Jakobson les da la tarea de expresar las relaciones entre enunciación, enunciado, protagonista de

la enunciación ya sea remitente o destinatario, y protagonista del enunciado (ivi: 154-165), en una perspectiva que conecta identificación sintáctica y semántica y comprensión de respuesta.

Es importante, también a propósito de los indicadores, evitar aislar la dimensión semántica, la pragmática y la sintáctica de la dimensión semiótica, y también es conveniente no “ontologizar” o poner en distintos niveles tales dimensiones. Sucede en efecto que hasta los indicadores cuyo referente debiera ser un *denotatum*, pueden ser privados de él, por ejemplo: señalar con el dedo, definido como un indicador no verbal, podría, como escribe Morris, incluso no corresponder a la cosa señalada (Morris 1938, trad. it. 1954:15). Nos parecen además ingenuas posiciones, por ejemplo la del filósofo Tràn Duc Tao (1973:40), que hace remontar al “movimiento de la indicación” hasta el origen del lenguaje, como si existiese la posibilidad de individuar un “acto significante originario” (cfr. Rossi-Landi 1985:230-231) que produce la teoría de la significación a partir de su “forma material” entendiendo por material una entidad resignificada como “natural”. En realidad, la indicación como gesto dotado de sentido es un acto inserto al interior de una materialidad semiótica ya constituida como tal, incluso al prescindir de la verbalización del significado del gesto (v. otros, 9,7) Esta “prudencia” teórica es absolutamente necesaria luego en el caso en el cual se considera el estado particular de los signos verbales no precisamente definibles como indicadores, como los nombres propios, soportes tradicionales de una semántica “rígida”, que arriba en lugar de múltiples privilegios propios del lenguaje.

No se puede entender el término “indicador” solamente haciéndolo derivar etimológicamente del “índice”, puesto que incluso el elemento icónico y aquel simbólico son constitutivos de ello. Del mismo modo, Jakobson, a propósito de los “shifters” (en italiano conmutadores), propone que aquellos vengán considerados como “símbolos-índices”, es decir, signos verbales que combinan las dos funciones de ser, como diría Pierce, asociados al objeto según una regla convencional (símbolo) y según una relación existente (índice) (Jakobson 1963, trad. it. 1981:151-152). Con este objetivo Jakobson cita el

caso del pronombre personal “yo”, que designa a una persona que enuncia “yo”, que designa, esto es, su objeto en virtud de ambos tipos de conexiones (v. ivi: 152) No obstante, no estaría explícitamente y microscópicamente presente como aquella indicable y simbólica, existe además una no menos importante dimensión icónica del indicador, esta es una perspectiva según la cual el pronombre denota un cierto objeto o una cierta situación en virtud de sus propios caracteres, que poseen en modo idéntico u homólogo a ellos: es el caso de las formas temporales del verbo y del género gramatical.

A propósito del tiempo del verbo, puede valer como ejemplo lo que Barthes observa sobre la función del pasado remoto en el romance, haciendo notar que ese no es esa forma de expresar un tiempo, ciertamente aquella de “volver la realidad a un punto, y alejarla de la multiplicidad de los tiempos vividos y sobrepuestos, llevarla a un acto verbal puro, libre de las raíces existenciales de la existencia” (Barthes 1953 y 1972, trad. it. 1982: 23-24). El pasado remoto, según Barthes, funciona como un “signo algebraico”, como el instrumento ideal de todas las construcciones del universo, como un “signo de operación” que vincula lo más rápidamente posible una causa con un fin (ivi: 24). Un modo de reconocer aquellos que hemos llamado el carácter icónico del indicador tiempo verbal, es decir, su funcionamiento, por decir así, “libre” respecto al tiempo intenso como duración, y el grado de representar, en virtud de su propiedad, esta misma duración.

A propósito del género gramatical, en base a la investigación de Violi (1986), Irigaray (1987, trad. it. 1987, 1990, trad. it. 1992; 1993) y otros (Irigaray 1993), se puede, sin más, afirmar que eso no es independiente de valores y significantes en la lengua, es más, para usar las palabras de Violi (1987:41), eso es “una categoría semántica que manifiesta dentro de la lengua un simbolismo profundo ligado al cuerpo”. El género exhibe en las diversas lenguas, en el plano de la organización gramatical, procesos de diferenciación y de jerarquización de la diferencia sexual que se produce en forma más ampliamente semiótica, histórica, social e ideológica. En este sentido podemos decir que aquello se encuentra en una relación de tipo icónico con tales

dimensiones. El género gramatical es una categoría de la lengua, intensa como producto del trabajo lingüístico; es por lo tanto el indicador de un proceso de producción de sentido que es fijado en la lengua natural en la base de una interacción ajustada entre signos verbales y el cuerpo intenso en sentido antropológico (v. otros, 8)

Los estudios de Irigaray demuestran como, más allá del género gramatical, existen también otros signos que aquí podemos definir como indicadores de la relación entre el discurso y diferencia sexual. Irigaray, junto con su equipo de colaboradores y colaboradoras, se interroga, en efecto, sobre la existencia o la no existencia de diferencias entre las palabras de las mujeres y las de los hombres, sobre la base de investigaciones empíricas de conductas entre grupos de hombres y de mujeres de edades y status diferentes, concluyó que, por ejemplo, “las mujeres de todas las edades buscan una relación yo...tu” (Irigaray 1993:22), mientras que los hombres no son más verdaderamente de los yo y de los tu, pero “*ils sont des ils*”(ibid.) que se representan como género masculino, o sea como “género humano” ocupado de fabricar el mundo a sí mismo. Se complica en este sentido, el problema de la subjetividad en el lenguaje expresado a través de los indicadores, problema que ha estado expuesto con extrema claridad por el propio Benveniste a propósito de la función de los pronombres. Para Benveniste, de hecho, los pronombres yo/tu son constituidos de la presencia de la subjetividad y de una conciencia de sí “posible sólo por contraste” (entre el yo y el tu), mientras la llamada tercera persona se sitúa como “no persona”, como “objeto puesto fuera de la alocución” (Benveniste 1966, trad. it. 1971: 318-319 y siguientes) Podremos entonces incluir la prevaencia de la tercera persona, descubierta por Irigaray en los enunciados masculinos, en la problemática de la alineación lingüística vista a la luz de la neutralización del género. (v. otros, 8)

La investigación de Irigaray asume un valor indicativo de orden sociolingüístico sobre todo en el plano de la *evidencia*<sup>3</sup>, pero se revela poco productiva desde el punto de vista de lo *señalado o indicado*<sup>4</sup> de la enunciación. Se busca, en otras palabras, como sucede frecuentemente en el



ámbito sociolingüístico (vea por ejemplo la relación entre lengua y clase, la polémica sobre el marrismo, el concepto bernsteiniano de “códigos”, etc.) de hacer corresponder a los sujetos definidos, como “las mujeres” vs. “los hombres”, o bien “el proletariado” vs. “la burguesía”, “los indios” vs. “los blancos”, etc., modos de hablar definidos y estables en la lengua, sin considerar el proceso de generación del mensaje. (v. Giglioli; 1973, Marcellesi y Gardin 1974, trad. it. 1979; Marcellesi 1978; Ponzio 1978) El mismo Irigaray en su ensayo de 1967 sobre el lenguaje de los esquizofrénicos había indicado este proceso como elemento esencial en el análisis del “discurso espontáneo” (Irigaray 1985, trad. it. 1991: 25) En una perspectiva generativa, de hecho, que considera los indicadores en la relación a la situación de la enunciación, el acento, como dice siempre Irigaray en otro ensayo de 1968, debería ser puesta sobre el discurso en cuanto “inestable temporalmente<sup>5</sup> en orden propio significado” y sobre la enunciación como “puesta en relación de estructura-sujeto, código, mundo, co-locutor –y no sistema de relaciones de unidad definidas”. En otras palabras, la distinción entre lengua y lenguaje, sobre la cual ya insistía Rossi-Landi en polémica con la ideología de la relatividad lingüística (Rossi-Landi 1968, 1992; y 1972, 1979), que va también aplicada a la categoría de los indicadores, que son, sí, los signos de la lengua, pero que pueden funcionar como tales sólo en virtud de aquel poder auto extensivo del lenguaje (Rossi-Landi 1968, 1992: 161-164), que es al mismo tiempo la lengua más comúnmente hablada, esto es un proceso de arriba a bajo y viceversa, de producción lingüística.

La diferencia entre signo y señal, se aplica también a los indicadores: hay, esto es, diversos grados de “unión” entre significado y significante que los indicadores garantizan. La misma enunciación, por ejemplo, “juro decir la verdad”, puede generar diversas interpretaciones, según el contexto en que sea pronunciada: en un proceso público en el cual el pronombre “yo” que rige “juro” está estrictamente unido al sujeto del enunciado aquí y ahora, es evidente que el indicador actúa sobre todo como señal a los fines de que una indicación esté entre el signo “yo” y el referente “yo”, o entre “yo” y el

compromiso ilocutivo y performativo de quien habla. En un contexto distinto, como puede ser en un texto literario, esta unión es por el contrario, mínima. Pensamos por ejemplo en el relato de Agatha Christie “*El asesino de Roger Ackroyd*”, en el cual el asesino es el mismo narrador: Barthes sostiene que en este texto se enfrenta la regla que consiste en la confianza generalmente al “él” de la novela, a la función del actor y al “yo” exclusivamente (que testimonia) que es testigo. Se dice “él” es, como dice Barthes, manifiesta el mito, agrega la máscara del arte, entonces para desarrollar a la máscara “yo” la función clásica de la máscara “él” es, además de una hábil invención en el género literario del policial, también una manifestación explícita de la dificultad, sobre todo en literatura, de realidad externa, supone a la injusticia como idéntica a ellos mismos. Bachtin ha hablado de la relación que, por ejemplo, en la autobiografía, aquí es entre el “yo” del autor “hombre” (ser humano) y el “yo” del autor en cuanto “héroe”: en la autobiografía el autor es particularmente cercano a su héroe, pero esto no significa que se trate del mismo sujeto, es más es hacia lo propio en la autobiografía que se hace posible una reflexión, una toma de conciencia, una mirada sobre el sujeto “del exterior” de su propia vida, como si se tratara de la vida de otro. (v. Bachtin, *El problema del texto*, 1950-51 en Bachtin 1979, trad. it. 1988; Ponzio 1992a; Calefato 1993)

### **III- Pronombres personales como “rememorativos”**

Consideramos al mismo tiempo los pronombres personales y posesivos porque estos últimos pueden ser interpretados como derivados de los pronombres (mío: de mi; suyo: de él; etc.)

Pietro Ispano (1230) considera los pronombres personales como relativos a la identidad respecto a los relativos a la diversidad (el otro, los otros dos) y considera a todos los relativos como rememorativos. Esos no sólo sirven para volver a traer a la memoria aquello que en el discurso ha estado nominado en primer término, sino también para alejar, dice Pietro Ispano refiriéndose a Prisciano, la ambigüedad que la repetición del nombre

consentiría. A diferencia de lo que sucede en el enunciado “Pietro Ispano es el autor de las *Summule Logicales*. Pietro Ispano fue electo papa en el año 1276 con el nombre Giovanni XXI”, el relativo de la identidad impide que se pueda pensar en dos sujetos diversos atribuyéndolo al mismo sujeto (“Ellos fue electo papa...”) de la primera preposición aquello que se predica en la segunda. Ejemplos análogos se pueden hacer con los posesivos, que evitan incluso esa ambigüedad de la repetición del nombre. Los pronombres personales y los posesivos son, por lo tanto, de los *rememorativos* al servicio de la memoria del discurso.

En efecto, sus funciones son más amplias y delicadas, porque estos funcionan como *documentos de la memoria*<sup>6</sup> en la construcción de las historias individuales, dobles y colectivas. Por medio de estos, mediante una nemotecnia implicada en el orden del discurso y lo aprendido junto a la lengua nosotros construimos los *subiecta* y los *adiecta*, para usar la terminología de Giordano Bruno, y sus formas: formas de la memoria, sombras de las ideas preestablecidas, *fantasmas* y *sigilos* de las razones sancionadas de la lengua, en la intencionalidad de nuestra relación con nosotros mismos, con el mundo y los otros (v. Rossi 1983: 131-154).

Retomaré los términos de Bruno, *subiecta* (sujetos primeros o lugares) y *adiecta* (sujetos segundos o próximos), que para hablar de los pronombres personales y de los posesivos como documentos de la memoria, puede ser particularmente clarificante. Subiectum es usado por Bruno no según un significado *artificial* o *técnico*. No es el sujeto en el sentido de la lógica, ni el sujeto como sentido ontológico, como forma sustancial, materia prima, “pero es sujeto de formas fantásticas, atribuibles y removibles, viajante y sucesivo según lo que quiera el operador fantasía y el pensamiento”. Del mismo modo, el término *forma* no interesa a Bruno como sinónimo de idea, según la metafísica platónica, ni como sinónimo de esencia, en el sentido aristotélico. Forma no pertenece a una lógica racional, pero sí a una lógica fantástica. “El término forma”, dice exactamente Bruno, “viene del interés en sentido lógico, pero no de la lógica racional, sino de una lógica fantástica”.

Como documentos de la memoria, los pronombres personales y los posesivos parecen tener la misma función que la escritura –escritura en sentido literal- es decir, la función de fijar, de conservar, de estabilizar, y de hecho Bruno pone una relación de simultaneidad entre nemotecnia y escritura:

Scriptura enim habet subiectum primum chartam tamque locum, habet subiectum proximum minium et habet pro forma ipsos characterum tractus.

Esta es la relación entre los documentos de la memoria y la escritura en sentido o literal. Pero ¿cómo están las cosas respecto a la escritura sin convención literalmente? (v. arriba 3.3)

Escritura, de hecho, no es sólo lo que está escrito y no todo lo que está escrito es escritura. Esto, en referencia a autores como Lévinas, Banchot, Barthes, Derrida... Escritura como ausencia de productividad, como inoperancia, como juego insensato, como fiesta carnavalesca, como infuncional. Escritura: palabra extensible a todas las prácticas que no se dejan reducir a su función respecto a un cierto significado, finalidad, objetivo, práctica que contiene respecto a éstos cualquier exceso y que es irreducible a otro. En esta acepción se puede hablar de una *historia de amor*, incluso si no es escrita en sentido literal, como escritura. Y aquí los pronombres personales y los posesivos juegan en un espacio que no es otro que el de la memoria. En el *Diario de un seductor* de Kierkegaard (1843, trad. It. 1978, vol. III: 168) leemos:

Cordelia mía, si pudiese olvidarte! ¿Mi amor es tal vez obra de la memoria? Aunque el tiempo borrara todo lo que está escrito en sus páginas, perdiéndose hasta el recuerdo, mi lazo contigo permanecería tan vivo y no te podría olvidar. ¡Si pudiese olvidarte! ¿Para qué serviría el recuerdo? Me he olvidado de mí mismo para acordarme de ti. Si te olvidara, terminaría recordándome a mí mismo, y, al recordarme a mí mismo volvería a recordarte a ti...

En la escritura de amor, yo, tú, mío, tuyo, nuestro pierden sus funciones acumulativas de significados, de contenidos y de soportes de las formas de la memoria, convertidos en lugares de contacto afectivo. Observo las letras de

amor que comienzan con tuyo (Cordelia mía, Tuyo Juan), así lo encontramos escrito en el *Diario de un seductor*:

Cordelia mía, Mía... tuyo: estas palabras abren y cierran como un paréntesis el pobre contenido de mis cartas. ¿No has notado que el intervalo entre ambos signos se hace cada vez más corto? ¡Oh, Cordelia mía! ¡Es hermoso que, cuanto más pobre de contenido sea el paréntesis, más rico resulte de significado! Tuyo Juan (ivi: 188)

La relación de amor parece entonces construir un “nosotros” que no pertenece a la memoria. Nosotros dos, nuestra historia, nuestros recuerdos, nuestros lugares. El nosotros de la relación amorosa sustrae a la función normativa, porque está hecha de signos secretos que la confieren respecto a la forma de la memoria, una forma *sui generis*.

Lo vemos en la Odisea, en el episodio de Ulises. Los “signos secretos que sólo nosotros sabemos y no otros” son investigados por Penélope para que pueda decir que Odiseo ha vuelto verdaderamente. El regreso de Odiseo está hecho de signos. Ellos señalan su retorno y lo identifican como Odiseo, a pesar de los años transcurridos y las transformaciones sufridas. Una identidad hecha de signos, una identidad que es siempre por otro, comprende que el otro es el propio yo desde allí en adelante. Demostrar la propia identidad: sólo así existe el retorno, lo es aún, de nuevo, se ha recobrado el poder, reconocido por los otros, de sí mismo como lo mismo. Son signos que identifican a Odiseo en lo físico (“la cicatriz que el jabalí le hizo con sus dientes resplandecientes”), otros en el plano social (“pronto sabrá reconocerme”, dice Odiseo a Penélope, “ahora porque soy sucio y tengo feos vestidos sobre mi cuerpo, por eso me desprecia y piensa que no soy yo”), otros en el plano de la competencia, de la habilidad, de la experiencia de una cierta práctica (“ya había tomado el arco de Odiseo, y lo giraba en todas sus partes, lo intentaba aquí y allá,... entonces alguien mirando decía a otro cerca: “cierto que usted era un experto, un hombre conocedor de los arcos”). Y están incluso los “signos secretos” de los que habla Penélope, signos de una relación íntima de afecto, signos de amor, y sobre todo signos de tal relación como presente, una presencia *que no es una cuestión de la memoria*.

Como documentos de la memoria, yo, tú, ellos, mío, tuyo, nuestro, son sustitutivos del nombre, fantasmas y sombras de ideas, sustitutivos de un nombre, pero también de una forma: el nombre y la forma de la relación que hace decir nosotros y nuestro, en virtud de un arte combinatoria que recuerda la unidad de una idea. Es como por el nombre y la forma de la nave Argo, de la cual los Argonautas, en el curso de su larga navegación, tuvieron, en un cierto punto, que sustituir cada pieza. “A fuerza e combinar el interior de un mismo nombre”, escribe Barthes, “no queda más nada del origen: Argo es un objeto sin otra causa que su nombre, sin otra identidad que su forma” (Barthes 1975, trad. It. 1980:55).

Penélope debe verificar la permanencia de un “nosotros-sabemos” (“signos secretos que sólo nosotros sabemos y no otros”) como condición, o de otro modo como momento constitutivo de su reconocimiento a Odiseo, de su poder decir que Odiseo verdaderamente ha vuelto. Y Odiseo, signo de la utopía, no ha olvidado, pero esto no es adscribible al mérito de su memoria. “Así habló, y a ella de golpe se paralizan las rodillas y el corazón/ porque reconoció el signo seguro que Odiseo le decía”. Su discurso contiene aún a la antigua relación, sabe todavía de sus secretos. La relación subsiste porque está nuevamente en el marco del discurso.

Estas relaciones en las que se habla y que por esto son más amplias que otras y las contienen, son relaciones de análisis, en sentido freudiano, pero también, al mismo tiempo, relaciones de amor (v. Kristeva 1983). Ellas deconstruyen y construyen la identidad del yo, del tu y del nosotros.

Ciertamente, el trabajo analítico examina a la memoria, y a las salidas que reproducen los recuerdos, su objetivo es colmar toda la laguna de la memoria. Pero el éxito del trabajo analítico de deconstrucción y construcción no está ligado a la realización de una relación en la cual se pueda hablar, o con los relativos fenómenos de transferencia que esto implica. La relación analítica de *complicidad* y *traición* respecto a cada otra relación que esta contiene y por la cual no puede ser contenida, por una cuestión de grandeza del yo y del nosotros, grandeza que contrasta con las reducciones y las

limitaciones que en la complicidad y traición de cada relación permanecen indecibles por otras relaciones y que a la inversa puedo decir de éstas. De traición: porque es de infidelidad respecto al yo limitado y al nosotros limitante, porque no se adapta a estas limitaciones.

Freud (1937) llama “alteraciones del yo” a los efectos que las defensas provocan en el yo, o sea alejarse de un “ficticio yo normal”. La paradoja en la cual se debate el trabajo del analista es que las ayudas que puede dar al sujeto analizado por su trabajo de interpretación y construcción revén este ficticio yo normal, sobre el cual las alteraciones no las permiten contar. “Ficticio yo normal”: un documento de la memoria, un subiectum en el sentido de Bruno, un sujeto de formas fantásticas, que se pone y se remueve, viajante y transcurrente según lo que quieran el “operador de fantasía y el de la razón”. Por un lado, un “ficticio yo normal” con consiguientes “tu”, “nosotros”, “mío”, “nuestro”, etc. “normales” y por el otro, las “alteraciones del yo” entonces del “tu”, “nosotros”, “mío”, “nuestro”, etc.: el primer, documento de la memoria según la nemotecnia empleada en el orden del discurso; el segundo debido a una reducción de la memoria seguida a procesos de desplazamientos.

El trabajo analítico de interpretación y de construcción, especialmente de esto último, son prácticas de escritura, en el sentido antes dicho, en cuanto a lo que tienen que hacer con lo irreduciblemente otro, con el excedente respecto a la significación, por el cual la relación de comprensión respondiente se presenta como un movimiento de deriva. Al contrario del amor por la memoria y por la verdad, que pasa el primer puesto en la construcción-escritura, el amor por el otro, que permite poner fuera a las limitaciones del ficticio yo normal y a sus alteraciones. En esta construcción los pronombres personales y los posesivos reencuentran su lógica fantástica la cual como subiecta de formas fantásticas atribuibles y removibles conteniendo y deviniendo documentos de la escritura con la cual se puede “cartearse”<sup>7</sup> en las fronteras del orden del discurso y de su memoria (v. arriba, 4.9)

#### IV- Nombre propio e interpretación

La categoría de los nombres propios goza desde siempre en el ámbito filosófico-lingüístico de una particular “fortuna”. De hecho es característica precisa del nombre propio, ya sea tanto para personas, animales [incluso de parte de los mismos animales: (v. Sebeok 1986, trad. It. 1990: 129-146)] o lugares, de poner el problema de la relación entre presencia del ser o del objeto cuyo nombre se refiere a su evocación en la palabra. Ciertamente, este problema se pone un poco en todo el campo verbal, y en general todos los signos, sean ellos verbales o no verbales son característicos de la relación de sustitución. Pero el nombre propio, exactamente porque está comúnmente retenido a un signo verbal en grado de designar precisamente qué cosa lo “contiene”, presenta características que lo vuelven un elemento “especial” del lenguaje, y no sólo en el orden de la referencia, sino sobre todo en relación a la identidad.

En “Las palabras y las cosas” Michel Foucault focaliza en la nominación a la máxima aspiración de la “tarea fundamental” de la experiencia del lenguaje en la “edad clásica” (Foucault, 1966, trad. It. 1978: 138-139). Atribuir un nombre a la cosa quiere decir, en esta experiencia, nominar al ser: “durante dos siglos, escribe Foucault, el discurso occidental fue el lugar de la ontología” (ibíd) La nominación, el bautismo de la “cosa”, se sabría realizado según Foucault cuando el deseo de una palabra transparente expresada ya sea por el “nominalismo fundamental de la filosofía de Hobbes a la ideología”, o por la crítica al lenguaje que encontramos en Malebranche, Berkeley, Condillac y Hume, o por la misma utopía roussoviana de un lenguaje natural (v. ivi: 136). El nombre se encontraría en el centro de lo que Foucault define como “el cuadrilátero del lenguaje” (ivi: 134) y será el punto de encuentro de las diagonales que atraviesen esta figura geométrica, y cuyos “segmentos” son para Foucault constitutivos de las preposiciones y de las articulaciones, de las designaciones y de las derivaciones, cuyas teorías se sostienen de dos en dos a la vez que se oponen de dos en dos. Se trata de un “cuadrilátero” en el cual



la fuerza se balancea según una economía cerrada de correspondencia que el nombre sujeta en su forma ontológica. El cuadrilátero aspira en el campo del lenguaje a una suerte de conservación equilibrada de la energía, en pleno espíritu cartesiano. Para usar palabras de Foucault: “al centro del cuadrilátero del lenguaje, el nombre aparece en un momento como el punto a través del cual convergen todas las escrituras de la lengua [...], y como punto de partida a través del cual el lenguaje entero puede relacionarse con lo que le será adjudicado” (ivi: 135-136)

La relación entre el lenguaje y la verdad forma parte del nombre propio, y es incluso fundamento de toda la moderna teoría lógica y filosófica-lingüística sobre el nombre propio (Cfr. Bonomi 1987; Calefato 1992) que tienen, en segundo lugar, perspectivas diversas, demostradas como tales en el lenguaje como entidad un tanto particular. De hecho, de ahí que el nombre esté considerado en orden a sus conexiones referenciales con el denotatum, cosa que sobre los pasos de Mill (1848, trad. It. 1968) han hecho autores como Frege (1892, trad. It. 1973), Russell (1905, trad. It. 1973) y Kripke (1980, trad. It. 1982), o que esté considerado en su uso lingüístico, camino seguido por Wittgenstein (1953, trad. It. 1974) y Searle (1958, trad. It. 1973; 1969, trad. it. 1976) finalmente las diversas teorías convergen en un punto, que el nombre propio, como decía Mill, denota pero no connota, esto es, se presume tener un referente más o menos único y definido, cualquier persona, objeto, animal o lugar que sea, pero no un significado. Luego, saliendo de esta terminología que transforma el concepto<sup>8</sup> y lo contrapone al referirse a alguna cosa y al significar alguna cosa, el nombre tendría un único significante. Esta característica lo ha llevado a ser, por ejemplo según Frege (1892) exactamente aquello que Foucault indica en su “Arqueología del saber”: una garantía del valor de la verdad de los enunciados. Frege, de hecho, entiende por nombre propio a cualquier expresión que denota un “objeto”: que cada nombre propio tenga denotación (*Bedeutung*) es para Frege necesario al fin de asegurar que el “concepto” sea determinado rigurosamente. (Frege 1892b)

Como recuerdan Horkheimer y Adorno en la “Dialéctica del iluminismo”, con el nombre de Ningún Ulises se inaugura el destacamiento, propio del formalismo moderno, entre nombre y contenido (Horkheimer y Adorno 1947, trad. It. 1974: 69-70). Abandonando por siempre el contraste mágico del nombre heracliteo, al contraste racional-iluminista quiere que la negación del nombre sea la afirmación del sí (ibíd.). Este recorrido del nombre que al mismo tiempo niega y afirma es un recorrido irónico, en sentido amplio, en el cual, como escriben Horkheimer y Adorno, la cultura racional actúa estratégicamente para vencer a la naturaleza. Pero el nombre de ninguno, en su generación atraviesa un proceso de “denegación”, como describe Freud, está en estricta relación con la risa: risa que surge, en efecto, tras sus compañeros Ciclopes y exaltado por Polifemo después del acercamiento en el cual grita que “ninguno lo ha aceptado”; y provoca risas, como notan Horkheimer y Adorno, el lapsus de un caminante encontrado por Ulises-Ninguno, que cambia por un abanico al remo que el héroe de Ítaca tiene sobre la espalda. Fuerza entonces los hombres, como escriben estos dos autores, no son las “risas petrificadas” parecidas a los apodos, en los cuales sobreviven todavía las cosas del acto burlón y “rebajante” de la nominación (v. ivi: 86-87).

Jakobson (1944, trad. It. 1971: 131-141) incluye en la base de su investigación de E Giorgieva, algunas reflexiones sobre la palabra habitual “mamá” (mamma) y “majka” (madre), del lenguaje infantil. Según Jakobson, mamá es una forma intermedia entre nombres comunes y nombres propios y significa “la madre del que habla”, o bien “yo, la madre del interlocutor” (ivi: 133), mientras “majka” puede ser acompañada de cualquier forma prenominal posesiva, con la excepción del pronombre de la primera persona (Ibíd.). Estas constataciones que Jakobson considera que pueden extenderse a otras lenguas naturales a partir del “baby talk”, una suerte de hablante común (v. ivi: 132), es interesante porque demuestra cómo sin el conocimiento lingüístico y sin las primeras palabras que pronuncian los niños, hay técnicas que prescinden de la definición del nombre propio y están sobre todo ligadas a prácticas de intersubjetividad. “Mamá” o “papá”, u otras formas análogas en

lenguas diversas y en la misma lengua, son los primeros nombres propios que el ser humano pronuncia, y en tales actos de nominación la atención está tan concentrada sobre la designación como actividad cognoscitiva, como sobre la interpelación como actividad afectiva; el nombre propio nace tanto como reconocimiento o como recuerdo.

Nominar es dar la vida en un doble sentido: por un lado como orden y clasificación, y por el otro como libertad, movimiento y metamorfosis. La madre que nomina al hijo o a la hija que nace, o el niño o la niña que nomina “mamá” a su madre realizan una operación doble: aquella del reconocimiento y de la separación. El patrimonio entendido como el nombre único y genealógico hace “ordenado” a este desarrollo: pensemos en la historia de Pinocho, gran fantasía misógina que habla de un padre que se ocupó sólo de un hijo y le pone su mismo nombre, sea tanto en la versión “fiel” como en la distorsionada (Pinocho viene de Geppetto y ambos vienen de Giuseppe, el nombre del padre por excelencia en la tradición cristiana).

Una visión patriarcal implícita según las reflexiones filosófico-lingüística y lógica “clásica” sobre el nombre propio, el nombre del cual se está hablando es un efecto modelado sobre el patronímico, el nombre igual a sí mismo. Los problemas en este ámbito, son de hecho destinos cuando por ejemplo algunos han pedido como sea posible nominar la misma cosa con nombres diversos (la estrella del camino y a la estrella de la mañana, Espero y Fósforo), o bien cuando de una descripción definida no se ha hecho posible atribuir ningún nombre “verdadero” (el actual rey de Francia es calvo”, pero ¿cuál Rey de Francia?), en definitiva cuando ha comenzado a hacer salida implícitamente el hecho que la referencia de un nombre no es esta “cosa” “rígidamente”, como dice Kripke, designada, pero puede ser entendido como interpretación, de acuerdo con el contexto social, la evocación, condensación del paisajes, no simplemente lógicos o convencionales, que comprometen al sujeto en la nominación y que lo constituyen en la relación con los otros, y al final con la misma materia lingüística de la cual el nombre propio está constituido.

Pensamos, por ejemplo, en las reflexiones de Freud sobre el nombre *Lodi*, “inventando” por el pequeño Hans para su muñeca, nombre que viene explícitamente medio en relación con la escena del parto (v. Freud 1941, trad. It. 1972: 550-557; Calefato 1989: 108-109). Y pensamos en todos los casos en el cual el nombre precede desplazadamente al significado, como a menudo ocurre a los nombres inventados en el sueño y en los juegos infantiles (Cfr. Calefato 1992b: 130-132), y a los nombres en los sistemas de signos no verbales como los de la moda (Cfr. Calefato 1992c). Y luego pensamos en los nombres propios del ámbito literario (Cfr. Calefato 1989; Di Donfrancesco 1990): típico de los nombres que Proust ha reflejado largamente en sus “Cuadernos de investigación” (Proust 1985) y con particular referencia a Proust, Roland Barthes ha elaborado una de las más fecundas reflexiones sobre el nombre propio, reflexión que va más allá de las aplicaciones posibles en el ámbito exclusivo del lenguaje literario (Barthes 1967, trad. It. 1982). Procediendo más allá de la concepción semántica o referencialista del nombre propio, Barthes tiene clasificadas, de hecho, tres facultades particulares del nombre, tres poderes: un poder de esencialización, porque el nombre designa un solo referente; un poder de citación, ligado a la evocación de la esencia encerrada en el nombre, y un poder exploración, porque a un nombre, escribe Barthes, se le puede “dar apertura”, como se hace con los recuerdos (ivi: 121).

En el ámbito semiótico, el nombre propio ha estado considerado por Pierce en la dinámica de la relación entre índice, ícono y símbolo. En efecto, dice Pierce, el nombre propio es generalmente un “subíndice” o “iposema” (Pierce 1931-58, trad. It. 1980: 160), esto es un signo que es tal en virtud de su conexión actual con el objeto. Particularmente, eso es un “índice genuino” en el momento que se lo encuentra por primera vez en su conexión existencial con alguna percepción o con otro conocimiento individual equivalente al individuo que lo nombra. Cuando se encuentra el nombre en la segunda vuelta, dice Pierce, esto ha cambiado ya la imagen y se volvió ícono del índice precedente. Y cuando finalmente, continúa Pierce, se adquirió la costumbre en sus fronteras, el nombre propio se vuelve un símbolo (Pierce 1931-58: 2.329).

Sobre la base de la clasificación semiótica de Pierce, podemos hipotetizar que aquello que Barthes define como el *poder de esencialización* del nombre pueda arrimarse a la dimensión del nombre como índice; que el *poder de citación* pueda ser similar a la dimensión del *símbolo*; que finalmente el *poder de la exploración* pueda sustituir al nivel del *ícono*. Cruzando entre estos tres planos compuestos, el nombre propio desafía e infringe su propia definición clásica, que comprende el tabú del significado (un signo sin interpretación).

Si bien, escribe reiteradamente Pierce, la conexión del nombre propio con su objeto es puramente intencional, eso no tiene otra razón más que la mera *convivencia* de dar una designación a un objeto familiar (ivi: 2.357). Todo esto implica una “semiosis del bautismo”, por así decirlo, como perenne relación de familiaridad y alteridad entre significado y significante. El bautismo, la nominación “originaria”, se libera a partir de la perspectiva mítica de Kripke, según la cual los individuos han recibido el nombre mediante un gesto extensivo que de una vez por todas los ha bautizado (Kripke 1980:147) El bautismo, se puede llamar así, está en la que también la intencionalidad da lugar a la “deseabilidad” inserta en el mismo signo.

La nominación, si por un lado se pone como garantía al sentido del juicio sobre la verdad de la palabra, luego si por otro lado se llama a la plenitud del reconocimiento, encontraremos una de las diversas técnicas intersubjetivas propias del hablar común en las cuales el sujeto se interroga a sí mismo, al mundo y al mismo lenguaje. Escribe Lévinas:

Los nombres de las personas, que su *decir* significa un rostro –los nombres propios en medio de todos estos nombres y lugares comunes- no resisten quizá a la desilusión del sentido y no ayudan a hablar. No permiten quizás presentir, del lado de la palabra en pérdida, al fin de una cierta *intangibilidad*, pero al alba de otra. En aquello que termina está, quizás, la racionalidad ligada *exclusivamente* al ser del cual la palabra es vehículo. Del *Dicho* al *Decir*, al dicho que transporta saberes y verdad como identidad invariable, que se integra a la identidad autosuficiente de un Ser o de un

sistema, completo, perfecto, que refuta o engloba las diferencias que parecen traducirlo o limitarlo (Lévinas 1976, trad. It. 1984:4).

## V- Nombre propio y referente

En la filosofía del lenguaje la cuestión del nombre propio refiere inmediatamente al problema de la relación entre signo, significado y referente. La pregunta clave puesta en torno al nombre propio consiste en el preguntarse si el nombre estaría dotado sólo de referente o si no tendría también significado. Precisamente se trata de ver cuáles son los mecanismos que hacen que mediante la enunciación del nombre propio, el hablante consiga hacer referencia a su referente. En el ensayo dedicado al nombre propio de 1958 (ya en Ronseberg y Travis 1971:212-218) y sucesivamente desarrollado en el libro de 1969, *Actos Lingüísticos* (trad. it. 1976), Searle formula su propia posición respecto a las tres posiciones sobre la cuestión en la época: aquella que hace líder a Mill y según el cual el nombre no tiene connotación y tiene sólo denotación; la posición de Frege, que será la que el mismo Searle desarrollará, para el cual el significado del nombre es dado por la descripción, simple y definida, y a ella asociada, en fin, la definición “de manual” según la cual el significado del nombre “N” es “llamado N”, que se limita a proveer una definición “parasitaria” del nombre, es decir, presupone implícitamente una cadena de otras “descripciones de identificación” para ser comprendido, pero que por su naturaleza tautológica no dice nada más que la misma tautología.

En el ensayo *Proper names and intentionality* (en Searle 1983: 231-261) Searle reitera su propia posición de 1958 y de 1969 en torno a la problemática del nombre propio, subrayando el carácter tautológico de la primera corriente hecha por Mill y de la tercera, “N = llamado N”, y luego sus inadecuaciones a los fines de una aclaración de los mecanismos de referencia propios del nombre. Él vuelve a la cuestión de si el nombre tendría sólo referente o si no sería también portador de significado, examinándola en relación a la problemática de la intencionalidad. Incluso cuando el nombre propio no tiene

un contexto intencional explícito, depende de alguna manera de él: “la referencia lingüística depende siempre de, o es una forma de, referencia mental y [...] la referencia mental está siempre en virtud del contenido intencional incluidos Fondo y Red<sup>9</sup> [Background y Network]” (Searle 1983: 232). Searle se posiciona sobre la misma línea de Frege según el cual la referencia presupone un contenido intencional (hecho de Network y de Background) gracias al cual el nombre tiene un significado, incluso distanciándose de Frege, sostiene que tal contenido no debiera estar necesariamente expreso en palabras, ni en descripciones definidas. La posición de Frege ayuda a dar cuenta no sólo de la capacidad de referencia del nombre a un objeto, sino también de la recurrencia del nombre propio en las afirmaciones connotativas<sup>10</sup> acerca de los estados intencionados. (v. ivi: 244).

Dos son los tipos de respuesta formuladas por la filosofía contemporánea a la pregunta por si el nombre propio tiene también significado: una positiva (a favor) que encuentra expresión en la teoría “descriptivista”, que atribuye la capacidad de referencia del nombre a su asociación con una descripción; y una en contra, la teoría “causal”, cuyos mayores exponentes son Kripke y con algunas variantes Donnellan. Estos últimos insisten sobre el concepto de una “cadena causal” que, en la remisión entre referentes, conduce inevitablemente al “bautismo original” (Kripke 1972). Según la teoría descriptivista el nombre hace referencia al objeto en cuanto el objeto cumple el contenido intencionado asociado al nombre. Por el contrario, la teoría causal refuta el análisis intencionalista analizando la capacidad de referencia del nombre al objeto o al bautismo originario, en términos de “cadena causal de la comunicación” (Cf. Searle 1983: 233-234). Perto, de acuerdo con Searle, estas dos posiciones se cruzan sobre el territorio de la intencionalidad. Él une la teoría causal al descriptivismo, del cual no sería otra cosa más que una variante, ya sea como una “cadena causal” o como el descriptivismo remitiendo a una descripción definida y originaria como en el caso del “bautismo originario” de Kripke. Para Searle, “la única cadena que cuenta está en la

transferencia del contenido intencionado del uso de una expresión a otra. En cada caso la referencia está asegurada en virtud del contenido intencionado descriptivista en la mente del hablante que utiliza la expresión” (ivi: 245). Y entonces, según Searle, las posiciones de Kripke y de Donnellan en tanto funcionan en cuanto son descriptivistas tanto como a sus espaldas. Las dos corrientes por eso se superponen, aunque debiendo distinguir entre el acto de referencia característico del nombre y la predicación de la descripción, estas dos posiciones no serían jamás del todos separables. El “bautismo originario”, considera Searle, porta un contenido intencionado incluso donde la comunicación causal entre el nombre y el objeto está al exterior (produciendo un impacto sobre el sistema nervioso) como en la muestra. Esto es en la descripción de Kripke, el por qué un nombre puede referirse al objeto en juego junto a la causa externa y a la intencionalidad. Y si Kripke continúa hablando de procedimiento externo es por el particular realce que da a la “cadena de la comunicación” respecto a la percepción de tal cadena de parte de los interlocutores.

En la evaluación de la posición de Kripke, de Donnellan y *en passant* (de paso) también de Rorty y de Putnam, y aunque poniendo distancias de las posiciones empiristas y neopositivistas, Searle no tiene en cuenta que la nominación puede referirse al referente como *designatum* o como *denotatum*, según la distinción de Morris (1938). Él critica la teoría de la comunicación causal, por intencionada o externa que sea, entre nombre y objeto, en cuanto determinada en gran parte por la asociación del significado y la percepción, no logrando efectivamente despegarse de la teoría descriptivista y de aquello causal. En otros términos, queda ligado a los mismos parámetros de análisis que critica: la intencionalidad y la comunicación con el mundo real. En consecuencia, una afirmación falsa es considerada tal, incluso respecto al nombre propio, en cuanto sería el resultado de un ausente acto de referencia. En realidad, la referencia está siempre, aunque sea de un referente que resulte falso, imaginario, etc. Searle considera la nominación en términos de la capacidad de referencia de un objeto real, según una determinada



intencionalidad, y valora las varias teorías de la nominación según estos parámetros:

En general se puede decir que la entera vía de la intencionalidad es fijada causalmente, por medio de las causaciones intencionadas, al mundo real en sus varios puntos, pero sería un grave error suponer que la vía deba fijarse por medio de cualquier tipo de causación, en cada punto particular cuando se hace referencia usando un nombre propio (Searle 1983:238)

Searle parece querer separarse de la necesidad de deber presuponer el “referente originario” en cada instancia de la comunicación. Para decirlo en nuestra terminología, se diría que hay de parte de Searle un intento de rendir cuenta, en referencia a un mismo nombre, del desplazamiento de sentido debido a la relación entre los interpretantes explícitos y los interpretantes implícitos (referentes), que constituyen los así llamados “Network” y “Background” de la comunicación. Al mismo tiempo, en cambio, se sigue quedando en precario equilibrio entre la concepción introspectiva y la concepción neopositivista del lenguaje.

En *Romeo y Julieta*, la protagonista se pone el problema del nombre preguntándose, “What’s in a name?” Su respuesta es que un nombre es sólo un nombre, tanto que si cambia, el objeto que nomina permanece inmutado. “That which we call rose/ by any other name World smell as swett” (II.2) Sin embargo, si bien “etiqueta” del todo arbitraria, es el propio nombre, en la interacción entre amor y odio, la causa desencadenada en la tragedia shakespeariana. Romeo es un Montecchi, Julieta una Capuleto, son los nombres de familias en guerra, nombres que constituyen la prisión de los dos enamorados, a quien escapan solamente anulando los propios cuerpos en la muerte. En la obra shakespeariana pasamos de la idea de la arbitrariedad del nombre a su dominio, al poder que este tiene sobre el amor y la muerte. Así no queda la paradójica reflexión de Príncipe de Verona cuando dice: “Capulet, Montague/See what a scourge is laid upon your hate/ that heaven finds means to Hill your joys with love” (v.3)

Identificación en el nombre, nombre y narración, horror sin nombre de la ausencia inaferrable de lo innominable; alteridad del nombre, su poder de evocación, de afección, fascinación y seducción del nombre: la literatura está llena de figuras y movimientos trazados en relación al nombre –o a su ausencia- la literatura la dice larga sobre el nombre, sobre los acontecimientos del nombre como signo, sobre el intercambio de las partes entre significado y significante.

“Romeo es un personaje de Shakespeare”, “un joven de Verona”, “enamorado de Julieta”, “marido secreto de Julieta”, “metáfora de la unión entre el amor y la muerte”, junta víctima y venganza del amor contra el odio”, etc. Son todas interpretaciones que van explicitando el significado de “Romeo”. En cuanto hacen importante al mismo significado (que presupone la relación de la rígida significación con el individuo que conocemos), estas interpretaciones pertenecen todas al mismo recorrido interpretativo, relacionándose como referentes explícitos al mismo significado “Romeo” con grados diversos de indicabilidad, lo simbólico y lo icónico. Cuanto más aumenta el nivel de diálogo y alteridad respecto al significado de salida tanto más se aumenta la subjetividad del signo y su significación. Clasificando el nombre propio con referencia a su necesidad sucesiva, resulta que, en la necesidad de “Romeo es x” (donde x está por una persona directamente indicada), el nombre propio es un índice, es decir, predomina la indicabilidad, pero en las mencionadas prevalece o lo icónico, o la convencionalidad, más que la indicabilidad. Por eso mientras como indicador el nombre es principalmente un índice, en el mismo nombre según el tipo de relación entre significado y significante puede prevalecer el valor del símbolo o de lo icónico. En la tragedia shakespeariana, a Julieta se le prohibían el amor de Romeo no en cuanto es un individuo de carne y hueso, sino en virtud de la relación indicable con el significado correspondiente al nombre Romeo, y en cuanto nombre en relación indicable con otro nombre, “Montecchi”. Del despecho de “Romeo”, esto otro es cargado de valor simbólico e icónico, tratándose de un nombre que tiene una propia historia, una propia materialidad semiótica construida a través de una remisión

de interpretantes que escapan al control de la relación señalada inherente al nombre “Romeo” y del individuo que lo porta, como a cualquier intención de Julieta al nombrar a Romeo. Es éste el poder del nombre al que Julieta y Romeo se entregan.

Los recorridos interpretativos que tiene el nombre Romeo pueden ser varios, construyendo significados diversos según el recorrido y de la posición de los significantes en el camino del signo contextual. “Romeo de Alfa Romeo” –expresión donde predomina lo que indica al signo por la relación de identificación entre el significado y el significante- es el inicio de un recorrido interpretativo que tiene lejos al personaje de Shakespeare. “Alfa Romeo flor del ojal de la industria automovilística italiana”, etc., obviamente nada tiene que ver con el Romeo enamorado de Julieta. Pero esto no excluye la posibilidad que los personajes de Shakespeare estén presentes como referentes implícitos, a los que se hace alusión, por el que tuviese aquel referente, en un spot publicitario que representa a una mujer lánguidamente puesta al volante de su Alfa Romeo, o viceversa, un hombre apuesto a la guía de una seductora Julieta! El interpretante inmediato, el nombre que se enriquece de significados en un ambiguo juego de reenviarse gracias a la evocación de referentes pertenecientes a otros universos del discurso y gracias a la alusión de interpretantes implícitos para el grado de referirse a éstos (v. 2.4). De este modo, los recorridos interpretativos se subdividen y se entrecruzan amplificando posteriormente la posibilidad de significación y después del significado del nombre de partida.

Cuanto es dicho del Romeo de Shakespeare es verdadero o falso relativamente a la obra *Romeo y Julieta*, pero falso o sin sentido si se refiere al universo del discurso al que pertenece el automóvil Alfa Romeo. Esto que se dice del nombre es verdadero o falso relativamente a la línea significativa a la cual pertenece un determinado recorrido interpretativo. Por eso, contrariamente a la lógica formal o a la filosofía del lenguaje de impostación neopositivista, el problema del valor de la verdad va relativizado al universo del discurso, a la porción de línea significativa con la cual se tiene que hacer.

Sobre todo va relativizado al valor de existencia previsto por el nombre propio respecto al cual se puede estabilizar si éste tenía un referente como designatum o también como denotatum. De hecho, la cuestión del referente, y después la cuestión de la verdad y esa comunicada, es a menudo viciada de un error de fondo por la falta de diferenciación entre el mundo existente y el mundo no existente relativo a la modalidad de existir en determinado universo del discurso. Respecto a los términos de origen ostensivamente referenciales, como los nombres propios en la instancia originaria del bautismo y las llamadas descripciones definidas, estas diferenciaciones resuelven el enigma de la posibilidad de referencia y también las cosas que no existen en el mundo.

## **VI.- Identidad y comunidad**

Cada identidad comunitaria tiene el propio extracomunitario del cual defenderse, y eso es lo otro, diverso de algún otro hacedor de la comunidad. No es distinto solamente de algún otro igual de la comunidad, sino también de algún otro distinto y opuesto al interior de la comunidad.

Esto vale también para aquella identidad comunitaria que tiene alguno de nosotros, es decir, la comunidad de los varios “yo” en los cuales alguno de nosotros consiste, como roles, posiciones o relaciones sociales, entre las cuales nos sustituimos según los casos, las relaciones de coherencia, de consistencia pacífica, relaciones jerárquicas, conflictivas, etc. En cada caso, aunque siempre relaciones concernientes a la misma función del “yo”, por las cuales el otro se presenta como uno de los semejantes, otro sólo en sentido relativo, esto es, respecto a un “yo” como su “alter ego”.

Pero, cerca de esta comunidad del yo, de los sujetos, de los que está hecha nuestra identidad, hay, irreducible a ésta y continuamente a su fundamento, como el sí de la conciencia del sí, la alteridad otra de alguno de nosotros a nosotros mismos, una alteridad no relativa, constituida por nuestro mismo cuerpo. Pero como cuerpo individual en nuestro imaginario del “yo”, de sujetos, que lo imaginamos pero en su real ligazón incorpórea con el mundo y

con los otros, subyacente y antecedente al cuerpo individual, cuyo grado de autonomía, de autosuficiencia, de libertad, de autopertenencia, es relativo al imaginario de formas sociales determinantes (v. otros, 8). La refractariedad del sí respecto a la subjetividad, respecto a la conciencia de este sí, su materialidad, su inasimilación en la conciencia de sí de parte del sujeto, su singularidad irreducible al género y después a la identidad del individuo del género del que ha querido constituirse, implica la presencia de una alteridad al interior mismo de la alteridad ecológica, pero diversa de la alteridad relativa de los diversos “yo” que constituyen esta identidad comunitaria que está en alguno de nosotros: una alteridad absoluta (Lévinas), incluso aquella extracomunitaria.

Una comunidad está hecha de igualdades, pero también de diferencias y oposiciones internas. La diferencia, la diversidad, las oposiciones, mejor, en este caso, la discordancia (carente de unidad y de síntesis) del extracomunitario y distinta de aquella interna. Ésta no es relativa como aquella interna, pero absoluta: la alteridad relativa a otro de la misma comunidad y *alteridad absoluta del extracomunitario*.

La identidad ha necesitado, para realizarse, de la diferencia y después del género que la define, pero ha necesitado también de la indiferencia del otro, del desinterés de sus comparaciones, del no deber tener miedo, temor por él, y después de una responsabilidad de género, que comienzan y finalizan en el género que garantiza la identidad. De la no indiferencia por el otro a la diferencia y a la relativa indiferencia. Este es el recorrido a través del cual la identidad se constituye. Es más esto que se atañe viene reducido al interés de la identidad, reducción justificada por la restricción de la responsabilidad y de la extensión de las coartadas, tanto más se libera del *miedo por el otro*, pero tanto más aumenta el miedo *del otro*.

Aquí “el miedo del otro” es en el sentido de miedo que se tiene de él, entendiendo “del otro” como genitivo<sup>11</sup> objetivo: el otro es objeto de miedo, si teme al otro. Cerca de eso la sintaxis tiene que distinguir un genitivo subjetivo, en el sentido que es el otro el sujeto que tiene miedo, está el otro a temer. Sujeto y objeto. Para captar, en cambio, el otro sentido, aquello del miedo por

el otro, del temor por él, debemos salir de esa dicotomía, de esta polarización en la cual la lógica queda aplastada: tener miedo al otro como tener su miedo, miedo por él, sin más distinción entre sujeto y objeto, pero también sin identificación comunitaria, en una relación en la cual la diferencia no tiene como consecuencia la indiferencia pero la no-indiferencia (Lévinas). Esto “del otro” es una suerte de genitivo ético, del cual la lógica debería tener cuenta como tercer sentido en el cual se puede desambiguar la expresión “sentir miedo por el otro”.

Hoy el miedo por el otro como miedo que se tiene de él es paroxístico. Porque exasperada es devenida la defensa de la identidad. Paroxismo que no tiene punto de partida, el “homo homini lupus” de Hobbes, pero es punto de llegada de la constitución de la identidad (v. Lévinas 1987). En la historia de Occidente, tienen siempre prevaecía la identidad sobre la alteridad, la diferencia y la inherente indiferencia sobre la no-indiferencia, las relaciones entre los individuos al interior de sus géneros, con su responsabilidad siempre más delimitante, sus relaciones entre individuos fuera de cualquier género y sin coartada. El capitalismo ha construido el propio sistema de la identidad (v. otros, 12), llevándola a la exasperación, llevando al paroxismo el miedo por el otro como objeto y delimitando y atenuando siempre más el miedo por el otro. La lógica del capitalismo es la lógica de la identidad, de la diferencia, de la indiferencia, en la cual la no-indiferencia está neutralizada por las coartadas de la responsabilidad siempre más capilarmente definida por la presión legislativa. La relación social es la relación de individualidad recíprocamente indiferente, que sufren lo social como necesidad debida a la realización de sus intereses individuales y en el cual la preocupación de la propia identidad y por la propia diferencia, indiferente a la diferencia altruista, incrementa siempre más el miedo que se tiene al otro. La comunidad es el resultado pasivo de los intereses de identidad recíprocamente indiferentes y se presenta a ella misma como identidad hasta que tales intereses piden la cohesión y unificación. La relación diferencia-indiferencia propia del macrocosmos de la colectividad se reencuentra en el microcosmos de la identidad individual. La comunidad

ecológica, la comunidad de los “yo” en los cuales consiste la identidad de alguno de nosotros, presenta el mismo tipo de sociabilidad fundado sobre la recíproca indiferencia, como resulta de la escisión entre comportamiento público y comportamiento privado en el mismo individuo, de la recíproca separación e indiferencia entre roles, competencias, incumbencias, lenguajes, responsabilidad al interior de un mismo sujeto, de una misma persona, como su modo “normal” de ser, conforme con la forma social de pertenencia.

Hoy la comunidad que el capitalismo con su lógica de la identidad ha producido está puesta en discusión no tanto del conflicto de los intereses diferentes de la identidad del cual es la resultante. Por más exacerbados y violentos que puedan revelarse tales conflictos, ellos forman parte siempre de la lógica misma del capitalismo y son de cualquier modo un tipo fisiológico e incluso funcional de ello, resuelven, por ejemplo, la *extrema razón de la guerra*, porque ella misma es producto y mercancía del sistema capitalista.

La comunidad que el capitalismo tiene en grado de producción, dada su lógica de la identidad, está puesta masivamente en discusión por la alteridad extracomunitaria, que con la pregunta de la admisión de las migraciones reduce siempre más la posibilidad de tener coartada, de la buena conciencia, de la indiferencia sobre la cual la identidad ha construido la diferencia. Una respuesta no evasiva puede venir solamente de nuestra misma alteridad, de nuestro mismo ser otros respecto a esta lógica y respecto a nuestra comunidad: la comunidad de Raza, Historia, Etnia, Nación, Región, Religión, Partido, Individuo, la comunidad de la diferencia-indiferencia, de las coartadas, de la responsabilidad delimitada, de la negación de la no-in-diferencia. Una respuesta efectivamente *respondiente* puede venir sólo de nuestra misma situación de extracomunitarios respecto a nosotros mismos, respecto a nuestra comunidad de pertenencia, por amplias o restrictas que sean, colectivas o individuales, en la cual nuestra misma alteridad, individual está segregada, excluida pero no aniquilada. Esto que efectivamente se pide es la superación social luego de la recíproca y del encuentro y choque de intereses privados. La respuesta puede sólo constituir en la apertura de cada espacio comunitario al



extracomunitario, en la construcción de la comunidad estructuralmente extracomunitarias, orientadas en el sentido de la propia continua destotalización. Comunidad no identitaria. Comunidad comunista. Una ocasión de efectiva refundación del comunismo. Fuera de la categoría de la identidad. Su refundación sobre la alteridad.

© Belén Campero



## Información sobre la obra y los autores

A. Ponzio, P. Calefato, S. Petrilli (1994), *Fondamenti di filosofia del linguaggio*, cap. V, Bari, Laterza 1994, 2ª ed.1999, es de P. Calefato I, II y IV; de S. Petrilli el V; y otros son de A. Ponzio.

P. Calefato, Prof. Asociado de "Sociolingüística e linguística", S. Petrilli, Prof. Asociado de "Semiotica" y "Semiotica della traduzione"; A. Ponzio, Prof. Ordinario de "Filosofía del linguaggio": todos miembros del "Dipartimento di Lingue Lettere Arti dell'Università degli Studi 'Aldo Moro'" de Bari (Italia).

## Notas

<sup>1</sup>Cf. Ponzio A. Calefato P. Petrilli S., *Fondamenti di filosofia del linguaggio*, Bari, Laterza, 1994, p.130 "semi-altrui"

<sup>2</sup> Cf. Ibid. p. 132 "sottinteso"

<sup>3</sup> Cf. Ibid. p 135. "segnalita" las cursivas son del autor

<sup>4</sup> Cf. Ibid, p. 135. "segnita" las cursivas son del autor

<sup>5</sup>Cf. Ibid, p. 136. "metastabile"

<sup>6</sup> Las cursivas son del autor

<sup>7</sup> En el sentido de una trampa en el juego, de deshonestidad.

<sup>8</sup> ipostatizza

<sup>9</sup> Cf. Ibid. p 148. "sfondo e rete"

<sup>10</sup> Cf. Ibid. p 148. "intensionali"

<sup>11</sup> El genitivo es un caso de los sustantivos que indica que un nombre es un complemento nominal de otro. Normalmente la relación "(el) X de Y" se expresa en las lenguas que tienen caso genitivo como "(el) X Y\*", donde el asterisco \* indica que la palabra que representa Y tiene una terminación especial o lleva un morfema específico que indica que tiene caso genitivo.

## Bibliografía general

Bachtin Michail N (1965) *L'Opera Rabelais e la cultura popolare. Riso, carnevale e festa nella tradizione medievale e rinascimentale*, Torino, Einaudi.

Bachtin Michail N (1979-1950-51) *Il problema del testo nella linguística, nella filologia e nelle altre scienza umane in L'autore e l'eroe. Teoria letteraria e scienze umane*, a cura di Clara Strada Janovic, Torino, Einaudi

Barthes Roland (1982-1967) *Système de la Mode*, trad. it. di L. Lonzi, *Sistema della Moda*, Torino, Einaudi

Barthes Ronald (1980-1975) *Barthes di Ronald Barthes*, Torino, Einaudi.

Benveniste Émile (1971-1966) *Problemi di linguística generale*, Milano, Saggiatore.

Bonomi Andrea (1987) *Le immagini dei nomi*, Milano, Garzanti.

Calefato Patrizia (1989) *Maschere e passaggi. Filosofia del linguaggio e dintorni*, Bari, Adriatica

Calefato Patrizia (1992 a) *Proper names in the symbolic economy of fashion*, "Semiotica" 91 - 1/2, pp. 31-42.

- Calefato Patrizia (1992 b) Parlare comune e differenza sessuale, in E. Beseghi e V. Telmon (a c. di) *Educazione al femminile: dalla parità alla differenza*, La Nuova Italia, Firenze, pp. 127-134.
- Calefato Patrizia (1992 c) (a cura di) *Moda & mondanità*, Palomar, Bari.
- Calefato Patrizia (1993 a) Bachtin e Yourcenar: linguaggio, autore, eroe, in Jachia; Ponzio 1993, pp.69-88.
- Calefato Patrizia (1993 b) Razzismo e linguaggio: stereotipi, pregiudizi e rappresentazione discorsuale dell'altro, *I viaggi di Erodoto*.
- De Mauro Tullio (1985) *Guida all'uso delle parole*, Editori Riuniti, Roma.
- Di Donfrancesco Rosa María (1990) (a cura di) *Nome proprio e scrittura, "Quaderni aretini" 3*
- Foucault Michel (1978-1966) *La volonté de savoir*, trad. it. di P.Pasquino e G. Procacci, *La volontà di sapere. Storia della sessualità 1*, Milano, Feltrinelli
- Frege Gottlob (1892 a) *Über Sinn und Bedeutung*, trad. it. a c. di C. Mangione, *Senso e significato*, in Frege, *Logica e aritmetica*, Boringhieri, Torino 1977, pp. 359-373; trad. it. di S. Zecchi, *Senso e denotazione*, in Bonomi 1973 (a c. di), pp. 9-32.
- Frege Gottlob (1892 b) *Über Begriff und Gegenstand* trad. it. di S. Zecchi, *Concetto e oggetto*, in Bonomi 1973 (a c. di), pp. 373-386.
- Freud Sigmund (1937) *Analisi terminabile e interminabile, e Costruzioni nell'analisi*, in S. Freud, *Opere 1930-1938*, vol. 11, pp. 497-535, 539-552, Torino, Boringhieri
- Freud Sigmund (1972-1941) *Analyse der Phobie eines fünfjährigen Knaben (1908)*, trad. it. a c. di C.L. Musatti, *Analisi della fobia di un bambino di cinque anni (Caso clinico del piccolo Hans)*, in Id., *Opere*, Torino, Boringhieri, vol. 5: 550-557
- Horkheimer Max y Adorno Theodor (1974-1947) *1947 Dialektik der Aufklärung*, trad. it. di L. Vinci, *Dialettica dell'Illuminismo*, Torino, Einaudi in Bonomi 1973 (a cura di), pp. 179-195.
- Irigaray Luce (1987) *Sexes et parentés*, Paris, Minuit.
- Irigaray, Luce (1985) *Pastes n'est pas neutre*, Paris: Minuit.
- Irigaray, Luce (1990) *Je, tu, nous: pour une culture de la différence*, Paris, Grasset.
- Jakobson Roman (1963) *Essais de linguistique générale*, Paris, Minuit; trad. it. 1981, *Saggi di linguistica generale*, Milano, Feltrinelli.
- Jakobson Roman (1971-1944) *Kindersprache und Aphasie*, trad. it. di L. Lonzi, *Il farsi e il disfarsi del linguaggio*, Torino, Einaudi.
- Kierkegaard Sören (1978-1843) *Il diario del seduttore*, Milano, Adelphi.
- Kripke Saul (1972) *Naming and Necessity*, in Harman e Davidson 1972 (a cura di).
- Kripke Saul (1982-1980) *Naming and Necessity*, Basil Blackwell, Oxford; trad. it. di M. Santambrogio, *Nome e necessità*, Torino, Boringhieri.
- Kristeva Julia (1983) *Histoire d'amour*, trad. it. *Storie d'amore*, Roma, Editori Riuniti.
- Lévinas Emmanuel (1984-1976) *Noms propres*, trad. it. a c. di F. P. Ciglia, *Nomi propri*, Marietti, Casale Monferrato-

- Lévinas Emmanuel (1992-1987) *Hors Sujet, Fata Morgana*, Montpellier; trad. it. e pref. di F. P. Ciglia, *Fuori dal Soggetto*, Genova, Marietti.
- Marcellesi Jean-Baptiste (1978) *Determination sociolinguistique et phantasmes: le sud de la corse*, in *Proceedings of the Twelfth International Congress of Linguist*, pp. 317-320, Innsbruck, *Innsbrucker beitrage zur sprachenwissenschaft*.
- Marcellesi, Jean-Baptiste, Gardin, Bernard (1979-1974) *Introduzione Alla Sociolinguistica* Laterza, Bari.
- Mill, John Stuart (1968-1843) *A System of Logic Ratiocinative and Inductive*, trad. it. di G. Facchi, *Sistema di logica raziocinativa e induttiva*, Roma, Ubaldini.
- Morris Charles (1954-1938) *Foundations of the Theory of Signs*, (= *International Encyclopedia of Unified Science* 1, 2), University of Chicago Press, Chicago; trad. it., introd. e commento di F. Rossi-Landi, *Lineamenti di una teoria dei segni*, Torino, Paravia.
- Morris Charles (1954-1938) *Lineamenti di una teoria dei segni*. Introduzione, traduzione commento di Ferruccio Rossi-Landi, Paravia, Padova.
- Peirce Charles Sanders (1931-58) *Collected Papers*, voll. 1-8, The Belknap Press of Harvard University, Press, Cambridge (Mass.).
- Pietro Ispano (1985-1230) *Tractatus. Summule logicales*, trad. it. di A. Ponzio, Bari, Adriatica.
- Ponzio Augusto (1992) *Tra semiotica e letteratura*. Introduzione a Michail Bachtin, Milano, Bompiani.
- Proust Marcel (1985) *L'età dei nomi*. Quaderni della Recherche, a c. di D. De Agostini e M. Ferraris, introd. di M. Ferraris, Mondadori, Milano.
- Ronseberg Jay F y Travis Charles (1971) *Readings in the Philosophy of Language*, Prentice-Hall Inc., Englewood Cliffs, New Jersey.
- Rossi (1983) *Clavis universalis*, Bologna, Il Mulino
- Rossi-Landi Ferruccio (1982) *Ideologia*, Milán, Mondadori.
- Rossi-Landi Ferruccio (1985) *Metodica filosofica e scienza dei segni*. Nuovi saggi sul linguaggio e l'idiologia, Milano, Bompiani.
- Rossi-Landi Ferruccio (1992) *Il linguaggio come lavoro e come mercato*, Milán, Bompiani.
- Rossi-Landi Ferruccio (1994) *Semiotica e ideologia*, Milán, Bompiani.
- Russell Beltrand (1973-1905) *On Denoting*, "Mind" 14, 56, pp. 479-493; trad. it. di A. Bonomi in *Bonomi 1973* (a cura di) 3, pp. 179-195.
- Russell, Bertrand (1905) *On Denoting*, «Mind», 14, 56, pp. 479-493, trad. it. di A. Bonomi,
- Searle John (1976) *Atti linguistici*. Saggio di filosofia del linguaggio, Torino, Boringhieri
- Searle John (1983) *Proper names and intentionality in Intentionality: An Essay in the Philosophy of Mind*, Cambridge University Press
- Sebeok Thomas A (1990-1986) *I Think I Am a Verb*, Plenum Press, New York-London; trad. it. introd. e c. di S. Petrilli, *Penso di essere un verbo*, Palermo, Sellerio
- Sebeok, Thomas A. (1990-1986) *I Think I Am a Verb*, Plenum Press, New York-London, trad.

- Trân Duc Thao (1973) *L'origine du langage et de la conscience*, Paris, Editions sociales.
- Violi Patrizia (1986) Topic in T. Sebeok (ed.) *Encyclopaedic Dictionary of Semiotics*, Berlin, Mouton de Gruyter.
- Violi Patrizia (1987) Le origini del genere grammaticale, *Inchiesta*, anno XVII, 77, pp. 8-20.
- Violi Patrizia (1987) Les origines du genre grammatical, *Langages*, 85, pp. 15-34.
- Volosinov Valentin Nikolaevich (1980-1926-30) *Il linguaggio come pratica sociale*, Bari, Dedalo.
- Searle John R (1973-1958) Proper names, trad. it. di G. Usberti, *Nomi propri*, in *Bonomi 1973 (a c.di)*, pp. 249-258.
- Searle John R (1976-1969) *Speech Acts. An Essay in the Philosophy of Language*, C.U.P, Cambridge; trad. it. di G. R. Cardona, introd. di P. Leonardi, *Atti linguistici*, Torino, Boringhieri.
- Wittgenstein Ludwig (1974-1953) *Philosophische Untersuchungen*, trad. it. di M. Piovesan e M. Trinchero, a c. di M. Trinchero, *Ricerche filosofiche*, Torino, Einaudi.

### **Bibliografía actualizada de los Autores del artículo (P. Calefato, A. Ponzio, S. Petrilli)**

Calefato, Patrizia

2001 *Lingua e discorso sociale*, Bari, Graphis,

2002 *Sociosemiotica*, Bari, Graphis, 3ª ed.

2004 *Sociosemiotica 2*, 2ª ed.

Calefato, Patrizia. Petrilli, Susan,

2003, (a cura) *Logica, dialogica, ideologica*, Milano, Mimesis.

Calefato, Patrizia; Petrilli, Susan, Ponzio Augusto;

2006, *Con Roland Barthes alle sorgenti del senso*, Roma, Meltemi.

Petrilli, Susan

1988a *Significs, semiotica, significazione*, Bari, Adriatica.

1988b "La critica del linguaggio in Giovanni Vailati e Victoria Welby", in Petrilli 1988a, pp. 47-56.

1995a *Materia segnica e interpretazione*, Lecce, Milella.

1995b *Che cosa significa significare?*, Bari, Edizioni dal Sud.

1996c "Bakhtin Read in Italy (1980-1994)", *Le Bulletin Bachtine The Bakhtin Newsletter*, 5, 1996, pp. 55-66.

1998a *Teoria dei segni e del linguaggio*, Bari, Graphis, 2ª ed. 2001.

1998b *Su Victoria Welby. Significs e filosofia del linguaggio*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane.

1999 (a cura) "Semiotic Studies in Bari", *S-European Journal for Semiotic Studies*, XI, 4.

- 2001 Teoria dei segni e del linguaggio, Bari, Graphis.  
2003 (a cura) Linguaggi, Bari, Edizioni Giuseppe Laterza.  
2005 Percorsi della semiotica, Bari, Graphis.  
2007 La filosofia del linguaggio come arte dell'ascolto, Philosophy of language as the art of listeni, Bari, Edizioni dal Sud.  
2009 Signifying and Understanding. Reading the Works of Victoria Welby and the Signific Movement, Foreword by Paul Cobley, Berlin. De Gruyter Mouton,  
2010 Sign Crossroads in Global Perspective. Semioethics and Responsibility, John Deely editor, New Brunswick (U.S.A.) and London (U.K.), Transaction Publishers.  
2011a Parlando di segni con maestri di segni, Prefazione by Thomas A. Sebeok, Lecce, Multimedia.  
2012b Expression and Interpretation in Language, Foreword by Vincent Colapietro, New Brunswick (U.S.A.) and London (U.K.), Transaction Publishers.  
2012c Altrove e altrimenti. Filosofi a del linguaggio, critica letteraria e teoria della traduzione in, intorno e a partire da Bachtin, Milano, Mimesis.  
2012d. Un mondo di segni. L'aver senso e il signifi care qualcosa, Bari, Giuseppe Laterza.  
2013 The Self as a Sign, the World, and the Other. Living Semiotics, New Brunswick (U.S.A.) and London (U.K.), Transaction Publishers.

Petrilli, Susan, Calefato, Patrizia

2003 (a cura) Logica, dialogica, ideologica, Milano, Mimesis.

Petrilli, Susan; Ponzio, Augusto

1998, Signs of Research on Signs, fascicolo monografico di "Semiotische Berichte", della Österreichischen Gesellschaft für Semiotik, Jg. 22, 3/4.

1999 Fuori campo. I segni del corpo tra rappresentazione ed eccedenza, Milano, Mimesis.

2000 Il sentire della comunicazione globale, Roma, Meltemi.

2002 I segni e la vita. La semiotica globale di Thomas A. Sebeok, Milano, Spirali.

2003a Semioetica, Roma, Meltemi.

2003b Views in Literary Semiotics, New York/Ottawa/Toronto, Legas.

2005a La raffigurazione letteraria, Milano, Mimesis.

2005b Semiotics Unbounded. Interpretive Routes in the Open Network of Signs,

Toronto, Toronto University Press.

2007 Semiotics Today. From Global Semiotics to Semioethics, a Dialogic Response,

New York, Ottawa, Toronto, Legas.

2008 Lineamenti di semiotica e di filosofia del linguaggio, Bari, Graphis.

2011 Thomas Sebeok e os Signos de Vida, con Susan Petrilli, San Carlo (Brasile),

Pedro e João Editores.

Ponzio, Augusto

- 1995a La differenza non indifferente. Comunicazione, migrazione, guerra, Milano, Mimesis, nuova ed. 2002.
- 1995b Responsabilità e alterità in Emmanuel Lévinas, Milano, Jaca Book.
- 1995c Segni per parlare dei segni. Signs to talk about signs, trad. ingl. di Susan Petrilli, Bari, Adriatica.
- 1995d I segni dell'altro. Eccedenza letteraria e prossimità, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane.
- 1997a La rivoluzione bachtiniana. Il pensiero di Bachtin e l'ideologia contemporanea, Bari, Levante Editori.
- 1997b Che cos'è la letteratura?, Lecce, Milella.
- 1997c Metodologia della formazione linguistica, Roma-Bari, Laterza,.
- 1997d Elogio dell'infunzionale. Critica dell'ideologia della produttività, Roma, Castelvechi.
- 1998 La comunicazione, Bari, Graphis, 2ª ed. 2006.
- 1999a "Dialogo e polifonia in Dostoevskij e Bachtin" in A. Ponzio 1999b pp. 65-92.
- 1999b La coda dell'occhio. letture del linguaggio letterario, Bari, Graphis.
- 2001 Enunciazione e testo letterario nell'insegnamento dell'italiano come LS, Perugia, Guerra,
- 2002 Individuo umano, linguaggio e globalizzazione nel pensiero di Adam Schaff, Bari, Mimesis.
- 2003 I segni tra globalità e infinità. Per la critica della comunicazione globale, Bari, Cacucci.
- 2004a Linguistica generale, scrittura letteraria e traduzione, Perugia, Edizioni Guerra.
- 2004b Elogio dell'infunzionale. Critica dell'ideologia della produttività (1ª ed. 1997), Milano, Mimesis.
- 2004c Semiotica e dialettica, Bari, Edizioni dal Sud.
- 2004d "Ideology," in Semiotik/Semiotics, a cura di R. Posner, K. Robering, T. A. Sebeok, Berlin, Mouton de Gruyter, vol. 4, pp. 3436-3447.
- 2006a, The dialogic nature of sign, Ottawa, Legas.
- 2006b La cifrematica e l'ascolto, Bari, Graphis. 2a 2008.
- 2006b Produzione linguistica e ideologia sociale, Bari, Graphis.
- 2007a Linguistica generale, scrittura letteraria e traduzione, Perugia, Guerra, nuova ed. rivista e ampliata 2007.
- 2007b A mente. Processi cognitivi e formazione linguistica, Perugia, Guerra Edizioni.
- 2008a Tra Bachtin e Lévinas. Scrittura, dialogo, alterità, Bari, Palomar.
- 2008b Linguaggio, lavoro e mercato globale. Rileggendo Rossi-Landi, Milano, Mimesis.
- 2008c La dissidenza cifrematica, Milano, Spirali.
- 2008d A revolução bakhtiniana, San Paolo (Brasile), Contexto; nuova ed. 2012.
- 2008r Qohélet, Versione in idioma salentino (sampietrano), a cura di Cosimo Caputo, Lecce, Milella.

- 2009a Da dove verso dove. La parola altra nella comunicazione globale, Perugia, Edizioni Guerra.
- 2009b L'écoute de l'autre, Paris, L'Harmattan.
- 2009c Emmanuel Levinas, Globalisation, and Preventive Peace, Ottawa, Legas.
- 2009d Freud, l'analisi, la scrittura, in collab. con Massimo A. Bonfantini, Bruno Brunetti, Bari, Graphis.
- 2010a Roland Barthes. La visione ottusa, in collab. con Julia Ponzio, Giuseppe Mininni, Susan Petrilli, Maria Solimini, Milano, Mimesis.
- 2010b Encontros de palavras. O outro no discurso, San Carlo (Brasile), Pedro e João Editores.
- 2010c Procurando uma palavra outra, San Carlo (Brasile), Pedro e João Editores.
- 2011a Rencontres de paroles, Paris, Alain Baudry.
- 2011b Interpretazione e scrittura. Scienza dei segni ed eccedenza letteraria, Pensa Multimedia, Lecce.
- 2011c La filosofia del linguaggio, Bari, Edizioni Laterza.
- 2012a In altre parole, Milano, Mimesis.
- 2012b Interferenze. Pier Paolo Pasolini, Carmelo Bene e dintorni (in collab. Con Susan Petrilli e Luciano Ponzio), Milano, Mimesis.
- 2012c Língua Chomskyana e ideologia social, edizione modificata ampliata di A. Ponzio 1973), Curitiba Editora Ufpr (Univesidad Federal do Paraná, Brasile).
- 2012d Dialogando sobre diálogo na perspectiva bakhtiniana, San Carlo (Brasile), Pedro e João Editores.
- 2012e Tempo, corpo, scrittura, in collab. con Filippo Silvestri, Susan Petrilli e Julia Ponzio, Lecce, Pensa Multimedia.
- 2012f Rossi-Landi e la filosofia del linguaggio, Lecce, Pensa Multimedia.
- 2013a No Círculo com Mikhail Bakhtin, San Carlo (Brasile), Pedro e João Editores.
- 2013b Fuori luogo. L'esorbitante nella riproduzione dell'identico (1ª ed. 2007, Roma, Meltemi), Milano, Mimesis.
- Volumi di Athanor. Semiotica, Filosofia, Arte, Letteratura, serie annuale diretta da A. Ponzio, a sua cura:
- 2002 Vita, n.s., 5, Roma, Meltemi.
- 2007 Umano troppo disumano, n.s., 11, con Fabio De Leonardis, Meltemi.
- 2008 Globalizzazione e infunzionalità, n.s., 12, , Meltemi.
- 2009 La trappola mortale dell'identità, n.s., 13, Roma, Meltemi.
- 2010 Incontri di parole, n.s., 14, Milano, Mimesis.
- 2011 Linguaggi dei monoteismi e pace preventiva, n.s. 15, Milano, Mimesis.
- 2012 Figure del riso, n.s. 16, Milano, Mimesis.